

## PARTE SEGUNDA.

EDAD MEDIA.

LIBRO IV.

### LOS REYES CATÓLICOS.

#### CAPITULO I.

PROCLAMACION DE ISABEL.

GUERRA DE SUCESION.

De 1474 á 1480.

Es proclamada Isabel en Segovia.—Mancomunidad de los dos esposos en el gobierno del reino.—Partido en favor de la Beltraneja.—Apóyala el rey de Portugal.—Invasión de un ejército portugués en Castilla.—Estado del reino: actividad de Fernando é Isabel.—Desastre de los castellanos.—Destina Isabel á las atenciones de la guerra la mitad de la plata de los templos.—Reorganización del ejército.—Recóbrase Zamora.—Batalla y triunfo de don Fernando en Toro; derrota de los portugueses.—Los franceses en Fuenterrabía.—Tumulto en Segovia: prudencia y magnanimidad de Isabel.—Retirada del rey de Portugal: evacúan los portugueses á Castilla.—Entrada de Isabel en Toro.—Reducción de poblaciones y castillos rebeldes.—El rey de Portugal en Francia: insidiosa conducta de

PARTE II. LIBRO IV.

119

Luis XI.—Vuelve Alfonso de Portugal á su reino.—Intenta hacer nueva guerra á Castilla.—Isabel y Fernando en Andalucía y Extremadura.—Tratado de paz con el rey de Francia.—Paz entre Castilla y Portugal.—Doña Juana la Beltraneja toma el hábito religioso.—Muerte del rey don Alfonso de Portugal.—Hereda don Fernando el trono de Aragon.—Unión de las coronas de Aragon y Castilla en Fernando é Isabel.

Para llegar al punto en que nos encontramos, hemos tenido que hacer largas y fatigosas jornadas. Hemos atravesado áridos desiertos; hemos cruzado enmarañados bosques; hemos recorrido las diferentes sendas de un laberinto, que todas conducian y ninguna llevaba derechamente á la salida, teniendo que avanzar y retroceder muchas veces para recorrerlas todas sin abandonar ninguna. Largo viage nos queda aun que hacer, y remoto será todavía su término; pero ya no embarazan el camino tantas encrucijadas y senderos; la marcha será lenta, pero mas reposada y magestuosa. Hay que hacer muchas escursiones, pero se sabe el camino á que se ha de volver para continuar la marcha.

La unidad política, ese inapreciable don que va á traer á España el dichoso enlace de Fernando de Aragon y de Isabel de Castilla, trasciende á la unidad histórica. Cesará la confusión política, hija del fraccionamiento de los pueblos, y cesará también en gran parte la confusión histórica, hija de la subdivisión. Lectores é historiadores tenemos ya buena necesidad de descansar de la agitación y molestia que produce

la atención siempre dividida y en muchas partes casi simultáneamente empleada.

No diremos nosotros, como muchos extranjeros y algunos escritores nacionales, que la historia de España comienza en rigor con los reyes Católicos. Si tal pensáramos, nos hubiéramos ahorrado tantos años y tantas vigiliás, consumidos aquellos y empleadas estas en investigar cuanto hemos podido acerca de la vida política y social de nuestra patria anterior á la época en que nos encontramos. No es posible comprender el nuevo período de la vida de un pueblo sin conocer el que le precedió, porque de él nace, y él es el que le ha engendrado. Por eso dijimos en nuestro Discurso preliminar que adoptábamos la sábia máxima de Leibnitz: «Lo presente, producto de lo pasado, engendra á su vez lo futuro;» y que creíamos en el enlace y sucesión hereditaria de las edades y de las formas que engendran los acontecimientos, todos coherentes, ninguno aislado, aun en las ocasiones que parece ocultarse su conexión.

Ya hemos visto el estado miserable y triste en que quedaba la monarquía castellana á la muerte de Enrique IV. el Impotente (11 de diciembre, 1474). Hallábase á la sazón en Segovia la princesa Isabel su hermana, reconocida heredera del trono en los Toros de Guisando. Al día siguiente, habiendo Isabel manifestado deseo de ser proclamada reina de Castilla en aquella ciudad, una solemne procesion, en que iba la

grandeza, el clero y el concejo, todos de gran gala, se vió llegar al alcázar, y tomando allí á la ilustre princesa, se encaminó la comitiva con toda ceremonia á la plaza Mayor. Isabel, vestida de reina, montaba un hermoso palafren, cuyas riendas llevaban dos oficiales de la ciudad, precediéndola el alférez mayor, también á caballo con la espada desnuda. Fernando se habia quitado el luto que llevaba por don Enrique, y vestia un magnífico manto de hilo de oro forrado en ricas pieles de marta <sup>(1)</sup>. Llegado que hubieron á la plaza, subió Isabel á un tablado de antemano erigido, sentóse en el trono, y tan luego como el heraldo proclamó: «¡Castilla, Castilla, por el rey don Fernando y la reina doña Isabel, reina propietaria de estos reinos!» se desplegó al aire el pendon de Castilla, y las campanas de los templos, y la artillería del alcázar mezclaban su estruendo con los gritos de la alborozada muchedumbre que victoreaba á la nueva reina de Castilla y de Leon. Recibido el juramento y homenaje de fidelidad de sus súbditos, y prestado por la reina el de respetar y guardar sus fueros y libertades, dirigióse á la catedral, donde hizo oracion, y se cantó un solemne *Te Deum*

(1) El historiador de Segovia, Colmenares, al describir esta fiesta hace el siguiente retrato del príncipe Fernando: «Mozo de veinte y dos años, nueve meses y veinte y tres dias, de mediana y bien compuesta estatura, rostro grave, blanco y hermoso, el cabello castaño, la frente ancha con algo de calva, ojos claros con gravedad alegre, nariz y boca pequeñas, mejillas y labios colorados, bien sacado de cuello y formado de espalda, voz clara y sosegada, y muy brioso á pie y á caballo.» Historia de Segovia, c. 34.

en acción de gracias al Todopoderoso. Las ciudades más populosas y los principales grandes y nobles siguieron el ejemplo de Segovia y alzaron pendones por la reina Isabel; abrazando su causa hasta cuatro de los seis magnates á quienes había quedado confiada la guarda de doña Juana la Beltraneja <sup>(1)</sup>. Convocáronse córtés en la misma ciudad para que dieran su sanción solemne á la proclamación.

Pronto comenzó á experimentar disgustos y dificultades la jóven reina. Vínole la primera de su mismo esposo el príncipe Fernando, que, ya por ambición propia, ya por instigación de aduladores palaciegos, gente que, como dijo un ilustre español, «se abominará siempre y habrá siempre <sup>(2)</sup>,» á cuya cabeza se hallaba su pariente el almirante Enríquez, no se conformaba con que rigiese la monarquía castellana una mujer, y queriendo establecer aquí el sistema de exclusión de las hembras que regia en Aragon, pretendía para sí la herencia del trono castellano, como el varón más inmediato descendiente de la estirpe real de Castilla. Opuesto principio regia y se había observado siempre en este reino, y no podían consentir que se quebrantara los partidarios de Isabel. Mas queriendo complacer y favorecer en todo lo posible al príncipe consorte, salvando el derecho hereditario de la reina, y con-

(1) Estos cuatro fueron: el gran cardenal de España, el condestable de Castilla, el duque del Infantado y el conde de Benavente.  
(2) Clemencin, Elogio de la reina doña Isabel.

tando con la prudencia y con la buena disposición de Isabel en favor de su esposo, hízose un arreglo á la manera del que había servido para los contratos matrimoniales, cuyas principales bases eran: que la justicia se administraría por los dos, de mancomun cuando se hallasen juntos, é independientemente cuando estuviesen separados; que las cartas y provisiones reales irían firmadas por ambos; en las monedas se estamparían los bustos de los dos, y en los sellos se pondrían las armas de Castilla y de Aragon reunidas; los cargos municipales y los beneficios eclesiásticos se proveerían en nombre de los dos, pero á voluntad de la reina; los oficios de Hacienda y las libranzas del Tesoro se expedirían por la reina también, y á ella sola harían homenaje los alcaides de las fortalezas en señal de soberanía <sup>(4)</sup>.

Firmó Fernando el concierto; pero lejos de quedar satisfecho con esta distribución de poderes, mostróse disgustado hasta el punto de amenazar con volverse á Aragon. Menester fué toda la prudencia de Isabel, aquella prudencia que esta insigne princesa no había de desmentir nunca, para templar y tranquilizar á su ambicioso marido, esponiéndole que aquella división de poderes no era sino nominal, puesto que sus intereses eran comunes é indivisibles, y sus voluntades habían de marchar siempre unidas, y

(4) Dormer inserta el documento en sus Discursos varios de historia.—Zurita, Anales, tom. IV., p. 22.—Pulgar, Reyes Católicos, p. 35.—Lucio Marineo, Cosas memorables, f. 455 á 466.

que la exclusion de las hembras que él pretendía sería un principio perjudicial á su propia descendencia, toda vez que entonces solo tenían una hija, la princesa Isabel, que un día podría ser llamada á la herencia del trono de Castilla. Razones fueron estas, que espuestas con la dulzura natural á aquella gran señora, aquietaron el ánimo del orgulloso Fernando, mucho mas que la decision arbitral del arzobispo de Toledo y del cardenal Mendoza á que la cuestion se habia sometido. Y en verdad no podia quejarse de la parte de poder que se le conferia un príncipe que mas era tratado como rey que como marido de la reina.

Otra tempestad se fraguaba por otro lado contra Isabel y contra la tranquilidad de Castilla. A la muerte de Enrique IV. habia quedado en el reino una bandera de discordia para los descontentos ó los envidiosos. Esta bandera era la hija problemática del difunto rey, doña Juana la Beltraneja, reconocida en un tiempo heredera del trono, aunque escluida despues por su propio padre y por los mismos que la habian proclamado. Por particulares motivos se mostraron partidarios de doña Juana algunos magnates, pocos, pero de los mas poderosos de Castilla. Contábanse entre ellos el marqués de Villena, menos hábil para la intriga que su padre, pero mas intrépido, resentido de los reyes por haberle negado el gran maestrazgo de Santiago que pretendia heredar; el duque de Arévalo, poseedor de grandes bienes en Castilla y Extrema-

dura; el jóven marqués de Cádiz; el gran maestre de Calatrava y su hermano. Agregóseles el inquieto y altivo arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo, que despues de haber sido el mas celoso partidario de Isabel, abandonó su causa por celos y envidia del cardenal de España, no pudiendo ver sin enojo el ascendiente y el favor que su talento, su sagacidad y sus virtudes iban ganando á don Pedro Gonzalez de Mendoza para con los jóvenes monarcas. El envidioso prelado se retiró de la córte, sin que bastasen á hacerle deponer su amenazante actitud cuantas gestiones amistosas hizo la reina para ello <sup>(1)</sup>.

Este partido necesitaba de un apoyo fuerte, y le buscó en el rey don Alfonso V. de Portugal, escitándole á que se hiciese el defensor de su sobrina la Beltraneja, y ofreciéndole la mano de doña Juana, lo cual si no envolvía promesa explícita, le daba por lo menos la esperanza de ceñir algun dia por este medio la doble corona de Portugal y de Castilla. A nadie tanto como al monarca portugués podia halagar la proposicion. De genio naturalmente caballeresco, envanecido con el sobrenombre de *el Africano*, que le habian valido sus triunfos contra los moros berberiscos, y uno de los pretendientes rechazados antes por la reina Isabel, Alfonso acogió con avidéz una invitacion que le proporcionaba aparecer como reparador de un desaire recibido de la reina, como vengador de

(1) Archivo de Simancas, Diversos de Castilla, núm. 9.

un rival preferido, como el campeón de una princesa desgraciada, y como conquistador de una corona que ganada por su sobrina había de ver colocada en su cabeza. De modo que la empresa<sup>o</sup> satisfacía simultáneamente su espíritu caballeresco, su orgullo lastimado, su codicia y su ambición de gloria. Alentábale en ella su hijo el príncipe don Juan, joven belicoso y emprendedor; y halagaba el espíritu nacional del pueblo portugués, rival del castellano desde el famoso suceso de Aljubarrota. Así, sin oír los consejos ni apreciar las dificultades que algunos juiciosos portugueses, y entre ellos su mismo primo el duque de Braganza, le presentaban y esponían, se decidió por la guerra, contando con el apoyo que dentro de Castilla le darían los magnates que le habían convidado. Con estas disposiciones tuvo primeramente la arrogancia de hacer una intimación á los reyes para que renunciaran la corona en favor de doña Juana; intimación que fué tan noblemente rechazada como era de esperar. En vano Isabel dirigió diferentes embajadas exhortándole con palabras de moderación á que desistiese de tan loca empresa. Nada escuchó el portugués sino la voz de su ambición y de su resentimiento, y se preparó á invadir la Castilla.

Después de haber invitado al rey de Francia á que entrase á su vez por el norte de España, prometiéndole la posesión del territorio que conquistase, traspuso al fin la frontera de Portugal por la parte de

Extremadura un ejército portugués (mayo, 1475) de catorce mil infantes y cinco mil setecientos caballos, en que venía la flor de los caballeros portugueses, esperanzados de obtener triunfos semejantes al de Aljubarrota, mucho más cuando contaban hallar desprevenidos y sin fuerzas á los monarcas castellanos. El ejército invasor avanzó á Plasencia, donde se le incorporaron el duque de Arévalo y el marqués de Villena. Este último presentó á Alfonso su sobrina doña Juana, con quien se apresuró á celebrar esponsales (12 de mayo), despachando también mensajeros á Roma en solicitud de la correspondiente dispensa matrimonial del parentesco que entre ellos había. Como la conquista se diera por hecha, allí se procedió inmediatamente á proclamarlos reyes de Castilla, y ellos comenzaron á despachar sus cartas reales á las ciudades de los que suponían sus dominios<sup>(1)</sup>. Acabadas las fiestas de aquella especie de coronación fantástica, vinieron á Arévalo, donde Alfonso determinó aguardar los refuerzos que debían enviarle los castellanos de su partido.

Grandemente favorecieron á Fernando é Isabel las dos detenciones de Plasencia y Arévalo, porque les proporcionaron algún tiempo para suplir á fuerza de actividad la falta de dinero y de preparativos, que de todo carecían al tiempo de la invasión. El tesoro estaba

(1) La carta que envió doña Juana como reina de Castilla á la villa de Madrid puede verse en Zurita, Anales, lib. XIX., cap. 27.

exhausto, y encunto á fuerza, solo podian disponer de quinientos caballos para resistir al ejército portugués. Entonces comenzaron á mostrar los dos príncipes de cuánto eran capaces, y hasta dónde sabian llevar sus esfuerzos. Isabel se hallaba á la sazón en cinta, y á pesar de tan delicado estado corria á caballo á todas partes haciendo largas y penosas jornadas, visitando los puntos fortificados, viajando de día y dictando órdenes de noche, soportando las mayores fatigas aun á costa de comprometer la vida del precioso fruto que llevaba en su seno, y que al fin se malogró en el camino de Toledo á Tordesillas. Quiso visitar al arzobispo de Toledo en su palacio de Alcalá de Henares, para ver de recobrar su confianza y traerle á partido; pero hubo de desistir, sabedora de que el inconsecuente prelado habia espresado con ásperas y desatentas palabras, que si la reina entraba por una puerta, él se saldria por la otra. Fernando por su parte tampoco estaba ocioso, y merced á los extraordinarios esfuerzos de ambos, mientras sus enemigos se entretenian en nupciales festines en Plasencia, y se daban un imprudente reposo en Arévalo, vióse como por encanto formado en Valladolid un ejército de cuatro mil hombres de armas, ocho mil ginetes y treinta mil peones (julio, 1475), gente allégadiza y sin disciplina los mas, pero que demostraban cuán pronto encuentra soldados quien acierta á ganar el amor de sus pueblos.

El rey de Portugal habia avanzado ya á Toro, seguro de que el alcaide Juan de Ulloa le habia de abrir las puertas de la ciudad; y cuando se ocupaba en rendir el castillo, sostenido por la fidelidad y el brío de una muger, Zamora se sometió tambien al monarca invasor. Fernando siente, pero no decae de ánimo por la defeccion de estas dos importantes plazas, y con el ardor, y hasta con la precipitacion de un jóven, puesto al frente de las milicias de Avila y Segovia, socorrido con algun dinero que le ha facilitado el fiel Cabrera, gobernador del alcázar de esta última ciudad <sup>(1)</sup>, se presenta delante de Toro y dirige al monarca portugués un reto caballeresco, provocándole á batalla entre los dos ejércitos, ó bien á personal combate, que por dificultades que sobrevinieron no se pudo realizar. Ni el portugués se apresuraba por combatir, ni el ejército castellano, sin artillería, sin provisiones, sin medios de comunicacion, era á propósito para embestir una plaza fuerte, ni para sostener un cerco. Necesario fué alzarle y tocar á retirada. El disgusto y la murmuracion que esta produjo en el campo fué tal, que una compañía de vizcainos, oyendo decir, y acaso pensando ellos tambien que habia traicion de parte de los nobles, penetró tumultuariamente en un templo donde Fernando conferenciaba con sus oficiales y en brazos le arrancó de entre aque-

(1) El marido de doña Beatriz te de la reina Isabel de Bobadilla, la amiga y confiden-

lla gente. Logró el rey sosegar un tanto á los amotinados, y se emprendió la retirada, harto desordenada y desastrosa, pero que lo hubiera sido mas, si el portugués no hubiese sido escesivamente recatado y hubiese enviado la caballería en persecucion de los fugitivos. El castillo de Toro se rindió, y el arzobispo de Toledo, suponiendo resuelta la cuestion con este primer triunfo de sus aliados, se creyó ya en el caso de unirse abiertamente á los enemigos de su reina, y asi lo ejecutó llevando consigo quinientas lanzas. El soberbio prelado, que nunca en verdad se habia distinguido por lo galante, soltó entonces un arrogante pronóstico que por fortuna no habia de ver cumplido: «yo he sacado, dijo, á Isabel de hilar, y yo la enviaré á tomar otra vez la rueca.» Palabras que no se avenian bien con las que poco antes habia proferido y eran mas verdaderas: «estoy mas para dar cuenta á Dios, recogido en un yermo, que para meterme en ruido y tráfago de guerra (1).»

No se limitaba ya la guerra á este solo punto: hacíase tambien por Galicia, por Valencia, por el marquesado de Villena y por el maestrazgo de Calatrava: los de Extremadura y Andalucía hacian incursiones en Portugal incomodando á los portugueses en su propio territorio: el marqués de Villena, el duque de Aré-

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, cap. 48.—Pulgar, Cron. página 55 á 60.—Zurita, Anales, lib. XIX., cap. 43.—Faria y Sousa, Europa portuguesa, tom. II.—Ruy de Pina, Cron. de Alfonso V., p. 179.

valo y demas señores adictos á la causa de doña Juana no habian podido alzar en su favor ni la mitad de los pueblos, ni la tercera parte de las lanzas que habian prometido, cosa que tenia altamente disgustados á los portugueses: Burgos se habia declarado por Fernando é Isabel, y los de la ciudad combatian el castillo que Iñigo de Zúñiga tenia por doña Juana. Fernando, sin desmayar por el revés de Toro, apresuróse á reorganizar su ejército, y pasó á cercar personalmente el castillo de Burgos, cuya rendicion era tanto mas importante, cuanto que se decia que el rey Luis XI. de Francia, instigado por el de Portugal, vendria á darle favor por la parte de Guipúzcoa. Entonces el portugués, á instancias del arzobispo de Toledo y de la duquesa de Arévalo, dejando á doña Juana en Zamora, se movió en socorro de aquel castillo, apurado por don Fernando que le atacaba bravamente, y le tenia en grande estrecho. A cortarle el paso é impedir este socorro se dirigieron los esfuerzos de la reina Isabel, que con varonil resolucion movió la gente de Valladolid y se puso sobre Palencia con su campo volante, manejándose con tanta serenidad y tan buena maña que obligó á retroceder al de Portugal, no sin que éste de paso hiciera prisionero en Baltanás al conde de Benavente. Digno es de todo encomio el rasgo de nobleza y lealtad que tuvo la condesa de Benavente en este caso. Con ser hermana del marqués de Villena, el invocador y mas fogoso parti-

dario del rey de Portugal, cuando supo la captura de su esposo, se exaltó tanto su patriotismo, que inmediatamente escribió al rey Fernando, poniendo á su disposicion y obediencia todas las villas y fortalezas de sus estados, que eran grandes, mandando á sus alcaldes que le hiciesen homenaje, y diciendo al rey, que si esto no le satisfacía enviase personas que las recibiesen y tuviesen en su nombre. Grandes pruebas de valor, de lealtad y de civismo dieron el conde y la condesa de Benavente en aquella adversidad.

La reina Isabel no solamente sostenia por su parte la campaña con la inteligencia y la energía de un guerrero, ganando villas y castillos al marqués de Villena y teniendo en respeto al rey de Portugal, sino que cuidaba con sollicitud de buscar recursos para la continuacion de la guerra, que era la mayor necesidad. Al efecto convocó las cortes del reino en Medina del Campo (agosto). Atendido el estado de empobrecimiento en que habia dejado los pueblos el anterior reinado, para no imponerles nuevos sacrificios discurrió apelar al sentimiento religioso y á la generosidad del clero, proponiendo que se entregase al Tesoro la mitad de la plata de todas las iglesias del reino, á redimir en tres años por la cantidad de treinta cuentos de maravedís. Tanto era el amor de los eclesiásticos en general, y tal la confianza que tenian en la reina, que no solo accedieron gustosos á hacer aquel empréstito sagrado, sino que ellos mismos procuraban

disipar los escrúpulos de la reina con testos y autoridades sacadas de los libros santos. Bien conocidas debian ser ya las virtudes de Isabel, cuando tan al principio de su reinado el pueblo le daba tan gustosamente sus hijos, y el santuario le franqueaba tan sin repugnancia sus tesoros. Sirviéronle estos para reclutar gente, fortificar plazas, adquirir pertrechos y útiles de guerra, y dar al ejército una organizacion de que carecia.

Unia Isabel á la actividad y la energía la sagacidad y la astucia. Con esto logró entrar en tratos y entenderse con el alcaide de las torres y puertas del puente de Zamora, Francisco Valdés, hasta obtener la promesa de que le daria entrada en esta ciudad, la mas importante de las que poseia el rey de Portugal, tanto por sus fortificaciones cuanto por ser la mas inmediata á sus estados, y como la llave de los dos reinos. Avisado de ello don Fernando, que continuaba estrechando el castillo de Burgos, fingióse por unos dias enfermo con peligrosos accidentes, no dando entrada en su cámara sino á su médico, y saliendo sigilosamente una noche con el condestable de Castilla y algunos otros caballeros de su confianza, fuéronse sin que nadie se apercibiese á Valladolid, de donde partió despues de un descanso de cinco dias (4 de diciembre) con varios nobles y caudillos, entre ellos el conde de Benavente que habia recobrado ya su libertad. La aparicion inopinada de Fernando, la disposicion que

los habitantes de Zamora mostraban en su favor, y la conducta del alcaide del puente, desalentaron de tal manera á don Alfonso de Portugal, que le faltó tiempo para retirarse á Toro con su sobrina y desposada la Beltraneja y con el arzobispo de Toledo. Dueño don Fernando de Zamora, se preparó á combatir el castillo, que se mantenía por el portugués, y desde allí escribió á su padre el rey don Juan de Aragon (1). escitándole á que acudiese inmediatamente á Burgos para reemplazarle en el ataque y rendición de aquella fortaleza, no obstante haber dejado allí cuatro mil vizcainos, «gente para acometer cualquier hecho,» como dice un historiador aragonés.

Con la pérdida de Zamora quedaban los portugueses interceptados con su propio país, por tanto don Alfonso acogía con gusto algunas pláticas de concordia que se movieron, y conformábase ya con que le dejasen las plazas de Toro y Zamora, y con que se agregase la Galicia á Portugal y le diesen cierta suma de dinero. Pero era escusado pensar que la reina Isabel consintiese en desmembrar de los dominios de Castilla un solo palmo de territorio. Así, pues, el único recurso de don Alfonso fué escribir á su hijo el príncipe don Juan, instándole y apremiándole á que viniese sin tardanza en su ayuda con cuanta gente pudiera levantar en el reino. El príncipe portugués, obedeciendo el

(1) Téngase presente que aun no era todavía sino príncipe heredero de Aragon, padre de don Fernando, y que éste

mandamiento de su padre, pudo con trabajo reunir hasta ocho mil infantes y dos mil caballos, gente mal armada y poco aguerrida, con los cuales vino rodeando á incorporarse con su padre en Toro (febrero, 1476), en ocasión que el castillo de Burgos, combatido por don Alfonso de Aragon, hermano del rey don Fernando, despues de una obstinada defensa acababa de rendirse, posesionándose de él la reina Isabel, y en ocasión que habia faltado poco para que la misma plaza de Toro se entregase al rey Fernando, que una noche habia estado con esa esperanza al pié de los muros de la ciudad.

El monarca portugués, que con objeto de entretener á Fernando, esperando el socorro de los franceses por el norte, habia mañosamente entablado tratos de mediacion y concordia con el rey don Juan II. de Aragon, padre del de Castilla, luego que se vió con el refuerzo de su hijo, tan fácil para envalentonarse como para abatirse, engrióse tanto, que envió un arrogante manifiesto al papa, al rey de Francia y á todos sus parciales de Castilla y Portugal, jactándose de que iba á dar muy pronto cuenta de su adversario, y salió en efecto de Toro una noche con el príncipe su hijo á socorrer la fortaleza de Zamora y recobrar la ciudad (17 de febrero). Casi tan pronto como amaneció divisaron los de Zamora las banderas del ejército portugués á la orilla opuesta del Duero: y en tanto que los castellanos desde la ciudad combatían la for-